

# Experiencias Educativas

## La experiencia con mi hijo

**Basilisa Almendros**

Los Programas de Garantía Social son espacios de exclusión creados por el propio Sistema Educativo para amortiguar la segregación de determinados alumnos a los que no les ofrecieron en su momento respuestas pedagógicas y oportunidades adecuadas a sus necesidades. Desde las instituciones educativas se ha olvidado el aspecto ético de la función docente y la práctica pedagógica, sin plantearse las graves consecuencias de cada intervención; las escuelas cada vez más centradas en las leyes de mercado (la productividad y la eficiencia) evalúan a los alumnos desde el dominio de los contenidos y dejan en educativas están desempeñando.

**V**oy a contar la historia y el trato que le han dado a mi hijo Rafael por tener el síndrome de Down. En ella cuento que al no querer cambiarle de colegio, la orientadora, el director y los profesores (con excepción de alguno) le hicieron a un lado y ya todo han sido problemas. Yo hubiera querido que todo el tiempo le hubieran atendido y le hubieran sacado todo lo que le podían sacar, que era mucho. Comenzaré desde que era un niño.

### **Primaria**

Desde que entró en párvulos y primaria, todo muy bien. Cuando comenzaba preescolar me llamó la señorita y tuvimos unos días que no nos poníamos en contacto, en los cuales tuvimos ansiedad y pensamos: “ya tenemos problemas”, pero Dios quiso que no fuese eso. La señorita estaba preocupada por si no sabía hacerlo bien, pero todo marchó muy bien. Pasó a primaria y la señorita que tuvo estaba encantada, y nos decía: “¡Fíjate!”. Leyendo en la cartilla asociaba todo lo que leía, por ejemplo: “me-sa, ¡mesa!”, “ca-fe, ¡café!”, “pa-pa, ¡papá!”, “ma-ma, ¡mamá!”. Ésta me decía: “Vamos a ver lo que hacemos con Rafa”, llena de ilusión.

Después repitió primero y segundo, o sea, retrocedió, aunque con muy buena voluntad de la profesora. Yo le recogía todos los días en el cole y uno de los días se encontró con los niños de su antigua clase, y una niña le dijo: “¡Hola! Rafa, ¿qué pasa?”, y con sus manos abiertas, y enfadado contestó: “¡Que estoy en primero!”. Y se fue. Ahí comprendimos que lo habíamos hecho mal, pues él no estaba satisfecho, y esto nos sirvió para afrontar tercero y cuarto.

En quinto, el profesor estaba muy contento con el niño. Una de las veces que fuimos a hablar con él nos dijo que Rafa no era el primero de la clase ni tampoco el último, él estaba en medio y siempre loco por contestar y levantar la mano para salir a la pizarra. Él estaba muy satisfecho con el niño, y el niño con el cole, y nosotros contentísimos. Las cosas rodaban tan bien..., siempre procurando enseñarle todas las cosas posibles...

## Secundaria

Todo marchaba muy bien. El niño trabajaba mucho, el profesor satisfecho y mirándose en el niño. Éste era partidario de que Rafa siguiera en el mismo cole, pues se encontraba en su ambiente, donde llevaba muchos años y conocía a todos los profesores y niños. Sin embargo, nos llamó la orientadora para decirnos si nos habíamos dado cuenta de que él era Síndrome de Down. Le dijimos que sí lo sabíamos (¿cómo no íbamos a saberlo?) y nos invitó a cambiarlo de colegio. Le dijimos que no, y todo cambió. Yo no creía que eso fuera en serio, yo creía que era presión para que lo cambiáramos de colegio. Es que eso no cabe en cabeza humana: ¡a los 15 años nos lo pregunta!

Pasó a tercero de ESO y en el primer trimestre muy bien. En el primer trimestre le puso su seño en el boletín de notas: "Muy entusiasta y dinámico. Sigue así en la próxima evaluación. Feliz Navidad". Pero en el segundo le bajaron las notas y el niño lo sentía. Fué otro hijo nuestro al colegio a hablar con la tutora de esto, pues en este tiempo estaba yo, su madre, bastante mal de salud. La profesora le contestó a nuestro hijo que la orientadora le había dicho que por ley tenía que suspender. A partir de esto nos dio un buen disgusto pero a pesar de todo yo no podía creer que eso fuera de verdad. Así transcurrió el curso, y el niño cada vez tartamudeaba más. Lo llevé al médico y le puso un tratamiento y en las vacaciones se puso muy tranquilo.

Ahora, tres años después, Rafa está repitiendo cuarto, y no sabemos lo que pasará. Nosotros, sus padres, esto lo vivimos con mucha pena, pidiendo a Dios que solo haya sido un mal sueño, ya que yo he tardado tanto en ver que teníamos tan duro el corazón ¿de qué nos sirve que los profesores de años pasados apoyaran al niño? Llorando digo que menos mal que hay gente buena, que todos no son tan duros de corazón. Pedimos a Dios que esto no pase con nuestro hijo ni con ningún otro.

Durante todo este tiempo, también hemos tenido que aguantar lo que decían los tests de nuestro hijo, que han sido varios.

En primaria le hicieron un test en el colegio por el que fui yo a hablar con el psicólogo y le dije si él pensaba que el niño no estaba bien orientado (el resultado decía que no tenía buena orientación espacial). Yo pensaba que el psicólogo estaba equivocado. Le subrayé dos o tres cosas para que se fijara y me dijo que lo corregiría, y así lo hizo. De todas formas no me gustaba el resultado, pero lo dejé. Uno no sabe expresarse lo suficiente ni el peso que esas cosas tienen para después. Tengo otro test guardado, pues una buena amiga viendo que él servía para otra actividad cultural que había empezado nos aconsejó: "Vamos a ver de qué forma se le puede ayudar más". Lo llevé a un psicólogo. Yo vi lo que había y cuando fuimos a recoger el resultado mi marido, el hermano de Rafa y yo, por el camino le dijimos a nuestro hijo que no se metiera en nada, que se callara, que no rechistara a lo que nos dijera el psicólogo, pues sabíamos lo que había. Este era un diagnóstico que reseñaba los problemas que tenía, incluso no vio ni que Rafa fue estando enfermo (incluso vomitó allí), sino que sólo vio sus dificultades. A mi se me iba un sudor y otro me venía puesto que Rafa no era capaz, según el test, de hacer nada. Esto me hizo polvo. Mi amiga se quedó espantada. Su intención era la contraria: saber cómo ayudarlo. Lo pasamos fatal y cuidamos de que el niño no se enterara del resultado. Aún tengo guardado el resultado, por si algún día puedo ir al gabinete de psicólogos a demostrarles que estaban equivocados.

Ahora tenemos otro test del colegio, si digo, peor que los otros. Lo que señala es que es síndrome de Down, que tartamudea, que trabaja solo, que no es capaz de evaluarse... Cuando es felicísimo cuando algo le cuesta y lo hace, cuando saluda y le saludan todos los niños y los mayores, y se moría de pena cuando no le dieron el título y se vino del cole, en el que estaban todos sus compañeros, para llorar y quitarse del medio.

Este año, antes de Navidad, estuvo en una actividad en el recinto del cole, y estuvo mientras duró esta actividad. Cuando ésta terminó había un guateque y decidió no quedarse. Le dijimos: “¡Rafa, quédate!”. “¡No, yo me voy a casa!”. “¡Rafa no seas tonto quédate!”. Esto era que estaban algunos profesores suyos. Nosotros no nos dimos por enterados para que así a él no le aumentáramos la situación, pues los profesores están muy contentos pensando que él no ha visto nada. Esto es que nos lo han dicho a nosotros ellos mismos. Habría que preguntarse cómo piensan ellos para pensar que un niño no se da cuenta de que le está ocurriendo lo que a nuestro hijo...

Todos estos tests no han servido para nada, sólo para darnos sufrimiento. Sin embargo, un test tiene que servir para sacar la capacidad máxima que tenga, no para hundirlo. Y la escuela tiene que servir para enseñar. Lo contrario de lo que han hecho algunos de sus profesores, que dicen sólo lo que no sabe, nunca lo que sabe. Eso es lo que denuncia un contrainforme que hizo otro equipo de psicopedagogos en la Universidad y que nos ha servido para defendernos de la orientadora del centro, y también los profesores que han ayudado a nuestro hijo, haciendo que él no se venga del todo abajo y a nosotros, los padres, dándonos la satisfacción de que siempre hay gente que anda a contracorriente y enseñan también a los más débiles.